



FEBRERO 2015

N.º 63

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seculares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL



Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén (España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689
657 401 264

CONSAGRACIÓN A JESÚS POR MARÍA

SEGÚN EL MÉTODO DE S. LUIS M^a GRIGNION DE MONFORT
“LA ESCLAVITUD MARIANA”

La total Consagración a la Santísima Virgen también llamada “*Esclavitud Mariana*” es una espiritualidad que remonta a los primeros siglos de la Iglesia hasta S. Luis María Grignion de Montfort con su célebre escrito “*El Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*” y que consiste en una total consagración a la Virgen, con la entrega de todo lo que somos y tenemos, para que a través de Ella podamos pertenecer más perfectamente a Dios, con la finalidad de unirnos a Jesucristo y crecer en su gracia.

¿QUÉ ES EL TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN?

Este Tratado demuestra con sabiduría, claridad y unción quién es la Santísima Virgen, su papel en la vida de la Iglesia y de cada persona. El libro muestra la misión materna que Dios confió a la Virgen María, las razones y la manera como Dios le sujetó todos los corazones, así como su papel en el establecimiento del reinado de Cristo y su íntima unión con el segundo advenimiento de su Hijo.

¿QUÉ DIFERENCIA HAY DE ESTA CONSAGRACIÓN DE LAS DEMÁS CONSAGRACIONES A MARÍA?

Todas las consagraciones a María son buenas y validas, pero la Esclavitud Mariana tiene una particularidad y es que por esta consagración uno se entrega por entero a Jesús por María, mientras que en las otras consagraciones solamente nos ponemos bajo la protección de María. Cuando nos consagramos a María como sus esclavos de amor confirmamos la soberanía de Dios y de la Virgen en nuestras vidas, entregando TODO lo que somos y tenemos a Jesús por las manos de María. Aquí, TODO quiere decir TODO: nuestro cuerpo con todos sus sentidos, nuestros bienes materiales y nuestra alma con todas sus riquezas espirituales, nuestros pensamientos, deseos y voluntades. Asimismo nuestros méritos pasan a pertenecer a María para que todo pueda ser de Dios.

Ministri Dei, convoca a todos aquellos que tengan interés en hacer esta Consagración de la Esclavitud Mariana para el **próximo 23 de Mayo en el Valle de los Caídos**. Para ello se necesitan 30 días previos de preparación que cada uno hace por su cuenta, siguiendo el librito “EL TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN” de San Luis M^a G. de Montfort. La ceremonia de la Consagración la llevará a cabo la Fraternidad Religiosa ARCA DE MARÍA de Alicante, cuyo carisma principal es la vivencia y propagación de la total Consagración a la Santísima Virgen.

Se comenzaría la preparación el 23 de Abril siguiendo las indicaciones del “Tratado”, este librito lo donamos gratis y se entregará el día **16 de febrero del presente año**, en el Acto de Reparación al Stmo. Sacramento que tendremos en el Valle de los Caídos, desde las 11 de la mañana hasta las 19 horas. Quien no pueda asistir se le enviará por correo pagando los gastos de envío. Las prácticas de esta devoción están en la pág. 179, y el procedimiento para la preparación en la pág. 286. El programa del Acto lo publicaremos en nuestra Página Web www.ministridei.es.

Sumario

Acto de Consagración a Jesús por María “La Esclavitud Mariana”1
Creo en la Comunión de los Santos.23-4

Consagrarse a Jesús por María es poner en manos de María nuestras buenas acciones, que, aunque parezcan buenas, están muchas veces manchadas y son indignas de que las mire y las acepte Dios.

S. Luis M^a Grignion de Montfort

REDACCIÓN M. D.

Creo en la Comunión de los Santos

(Primera Parte)

UNA VERDAD DE FE

El sacerdote debe [...] cuidar que los fieles comprendan bien la doctrina de la Comunión de los Santos, la sientan y la vivan. Con estas palabras de la Exhortación apostólica *Menti Nostrae* del Venerable Pío XII, se recordaba a los sacerdotes su deber de enseñar una de las verdades de fe más esenciales de lo que a la constitución de la Iglesia toca. En un ambiente materialista, el Papa recordaba a sus sacerdotes el deber de recordar a los fieles esa unión íntima y real entre todos los bautizados, tanto vivos como difuntos, y que se manifiesta en la oración, el ejercicio de la caridad, la enseñanza y toda aquella obra de misericordia que toca a lo más íntimo del ser de la Iglesia.

La Comunión de los santos es una de las realidades más bellas de toda la divina revelación y que nos obliga a trascender los límites de lo humanamente comprensible y constatable, para introducirnos en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo. Nos revela el sentido trascendente de la caridad cristiana que, teniendo por objeto a Dios, se dirige hacia todos aquellos que, en virtud del Bautismo, están unidos entre sí por los lazos de la Gracia. El Cielo, la Tierra y el Purgatorio se unen así por unos lazos indestructibles, y que tienen en la Santa Misa su manifestación más perfecta y sublime. Comprender este misterio nos ayuda a superar una imagen demasiado mundanizada de la Iglesia y abrimos a su realidad humana y divina, espiritual y temporal, tan bien entrelazada entre sí que se asemeja al misterio del Verbo encarnado “pues, así como la naturaleza humana asumida por el Verbo divino sirve como órgano vivo de salvación indisolublemente unido a él, de manera semejante el organismo social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica para hacer crecer al cuerpo” (LG 8)

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS FUNDADA EN EL BAUTISMO

Por un hombre entró el pecado en el mundo y, por

el pecado, la muerte; y así la muerte alcanzó a todos los hombres, puesto que todos pecaron (...) Si por el delito de un hombre reinó la muerte, ¡con cuánta más razón los que reciben en abundancia la gracia y el don de la justicia reinarán en la vida por uno ¡por Jesucristo! (...) En efecto, así como por la desobediencia de un hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos (Rom 5, 12.17.19). Estas palabras del Apóstol San Pablo en su Carta a los Romanos nos recuerda como el Pecado Original alcanzó a todos los

hombres y no sólo a aquellos que lo cometieron: Adán y Eva transmitieron a su descendencia el fruto de su desobediencia, la ruptura de su unión con Dios, que era la vida de la Gracia. Pero también nos habla de cómo, a través de Cristo, el Nuevo Adán, entró de nuevo la Gracia de Dios en la Creación, alcanzando a todos los hombres que, libremente, acogen la salvación ofrecida por Dios en su Hijo.

Existe, pues, siguiendo el texto de San Pablo, una comunión en el pecado y en la gracia: por el pecado de Adán se estableció una solidaridad entre los hombres, unidos por el lazo del Pecado y sometidos al yugo tiránico de Satanás; junto a él, aparece la

comunión en la gracia, la de todos aquellos que han renacido del agua y del Espíritu y han sido liberados del poder del Maligno por la Sangre de Cristo, conformando la comunidad de los santos, los salvados... Ambas comuniones establecen un lazo invisible entre los hombres que a ellas pertenecen, de modo, que la acción de uno repercute en la vida del otro. *La Constitución Indulgentiarum doctrina* (1967) lo expresa de esta manera: Por ocultos y misericordiosos designios de Dios, los hombres están vinculados entre sí con lazos sobrenaturales; de suerte que el pecado de uno daña a los demás, de la misma forma que la santidad de uno beneficia a los demás (...) Un testimonio de esta comunión se manifiesta ya en Adán, cuyo peca-



do se propaga a todos los hombres. Pero el mayor y más perfecto principio, fundamento y ejemplo de este vínculo sobrenatural es el mismo Cristo, a cuya comunión nos ha llamado Dios a todos (Constitución *Indulgentiarum doctrina*).

Esa comunión a la que Dios nos llama en Cristo, la alcanzan los hombres a través de las aguas del Bautismo y del efecto que estas producen en aquellos que la reciben. Las aguas bautismales liberan y renuevan al hombre, introduciéndolo en una nueva realidad espiritual, que es la vida divina, aquella misma a la que Adán y Eva renunciaron con su pecado, y de la que estuvo el hombre apartado hasta el advenimiento de Cristo. Esta supone un nuevo nacimiento ya que “consiste en ser engendrado por Dios y participar de la plenitud de su amor: A todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a lo que creen en su nombre el cual no nació de sangre ni deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino de Dios” (Santo Tomás de Aquino) Este nuevo nacimiento introduce al hombre en la intimidad de la Santísima Trinidad a través de la Filiación del Verbo: después del Bautismo, el Espíritu vuela hacia nosotros desde los Cielos y quedamos bañados en la unción de la gloria celeste y nos convertimos en hijos de Dios por la adopción de la voz del Padre (San Hilario). A través de la Humanidad Santísima de Cristo somos injertados en la vida divina, siendo hijos de Dios en el Hijo amado: Todo creyente regenerado en Cristo, cualquiera que sea la región del mundo en que habita, rompe con el hombre viejo y, renaciendo, se convierte en un hombre nuevo. En adelante no forma ya parte de la descendencia de su padre según la carne; pertenece a la raza del Salvador, que se ha hecho Hijo del hombre para que nosotros podamos ser hijos de Dios (San León Magno). El hombre es, por el Bautismo, hijo de Dios pero de un modo diferente como lo es Cristo, pues “sólo Él posee la misma naturaleza que el Padre, por quien es eternamente engendrado. Y es con relación a la Filiación del Hijo por lo que la nuestra se llama adoptiva” (Juan Francisco Pozo).

Nadie mejor que San Pablo ha podido expresar esta verdad, a través de ese hermoso himno que abre su Carta a los Efesios, y que es todo un compendio del Plan de Salvación de Dios realizado en Cristo para nuestra salvación: *Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo (...) Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por este Hijo, por su Sangre, hemos recibido la Redención, el perdón de los pecados.* (Ef 1, 1.4-7)

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS MANIFESTADA EN EL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO, LA IGLESIA

El Bautismo establece una comunión espiritual entre Dios y los hombres, pero también entre sí, al



participar de una misma vida divina otorgada generosamente por el Creador en su Hijo amado y mediante la acción del Espíritu Santo. Sin embargo, Dios ha querido que esa nueva vida se manifestara y acrecentara visiblemente a través de una realidad humana, sensible, que sirviera igualmente como vehículo para que alcanzase a todos los hombres. Esa comunidad humana constituida por Dios y formada por sus hijos es la Iglesia, que a través de sus elementos sensibles manifiesta la realidad espiritual de esa comunión de salvación que tiene a Cristo como origen y fundamento.

Cuando estaba de camino, sucedió que, al acercarse a Damasco, se vio rodeado de una luz del Cielo. Y al caer a tierra, oyó una voz que decía: Saulo, ¿por qué me persigues? Él contestó: ¿Quién eres Señor? Y Él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues (Hch 9, 3-5) El encuentro de San Pablo con Cristo en Damasco es crucial para comprender la unión íntima que existe entre Cristo y los bautizados, entre la Cabeza y los miembros de la Iglesia. Pablo no conoció personalmente a Jesús, al cual consideraba muerto cuando inicio su persecución contra los cristianos, entonces, ¿por qué el resucitado le dice que le está persiguiendo? ¿No hubiera sido más lógico que le dijera: porque persigues a mis seguidores? Sin embargo, le dice: ¿Por qué me persigues? y se identifica como aquel a quien está persiguiendo. Aquí Pablo descubre la íntima ligazón que existe entre Cristo y los cristianos, que le lleva a adoptar la imagen del cuerpo humano para hablar de la unión sobrenatural entre ambos forjada en el Bautismo y manifestada en la Iglesia: Porque así como, siendo el cuerpo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros del Cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así también es Cristo. Porque también nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos bebido del mismo Espíritu (1

Cor 12, 12-13) El Apóstol de los Gentiles descubrió tan dramáticamente que perseguir al cuerpo es perseguir a la cabeza, combatir a la Iglesia es combatir al mismo Cristo. Jesús mismo lo había dicho en la Última Cena: La persona que me odia a mí odia también al Padre (...) El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros (...) pero todo esto os lo harán a causa de mi persona, porque no conocen al que me ha enviado (Jn 15, 23; 20.21)

Esta misma idea la volverá a retomar San Pablo en su 1ª Carta a los Corintios, donde los términos “Cristo” e “Iglesia” parecen intercambiarse: Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo (1 Cor 12,12). No cabe duda que para San Pablo no tendrían razón de ser afirmaciones tales como la de “Cristo sí, Iglesia no”, pues del mismo modo que un cuerpo no puede vivir separado de su cabeza, la Iglesia y el cristiano no pueden vivir sin aquel que les comunica su fuerza y su energía. Igualmente, es impensable esa separación en cuanto que, como nos enseña la Iglesia, esta prolonga en la historia de la Humanidad la persona y enseñanzas de Cristo, comunicando su mensaje y aplicando sus efectos divinos. En palabras de un filósofo español, X. Zubiri: La Iglesia, ciertamente, es la vida misma de Cristo presente; o como dice el Catecismo de la Iglesia nos enseña, siguiendo a San



SAN PABLO

Agustín: Cristo y la Iglesia son el “Cristo total”. La Iglesia es una con Cristo (CEC 795).

Ahora bien, San Pablo no sólo destaca la identificación entre Cristo y la Iglesia, sino que habla de una relación vertical y horizontal entre la cabeza y los miembros de este místico cuerpo. A Cristo “Cabeza de ese Cuerpo”, se hayan unidos todos los miembros por la fe y el Bautismo, recibiendo de Él la vida sobrenatural que cohesiona y une a cada miembros entre sí y con su Cabeza. A esta relación vertical, el Apóstol de los Gentiles une otra horizontal, es decir, de los miembros del cuerpo entre sí: Pues así como nuestro cuerpo, aunque es uno, posee muchos miembros, pero no todos desempeñan la misma función, así también nosotros, aunque somos muchos, no formamos más que un solo Cuerpo en Cristo: los unos somos miembros para los otros (Rom 12, 4-5) De esta unión nacen los lazos de caridad entre los miembros de la Iglesia que, dotados de diversos carismas, sirven a los demás miembros con una entrega y una disponibilidad semejantes a las de Cristo: Por tanto, aunque los miembros son muchos, el cuerpo es sólo uno. Y no puede el ojo decir a la mano: ¡No te necesito!, ni la cabeza a los pies: ¡No os necesito! (...) Ahora bien, vosotros formáis el Cuerpo de Cristo, y cada uno es miembro con una función peculiar (1 Cor 12, 20-21.27).

CONCLUSIÓN

Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él; si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su alegría (1 Cor 12,26). Con estas palabras San Pablo nos introduce ya en el misterio de la Comunión de los Santos, que es una lógica consecuencia de lo que hemos ido exponiendo a lo largo del presente trabajo.

La comunión de salvación introducida por Jesucristo con su salvación; los vínculos de gracia y filiación que adquirimos los cristianos por el Bautismo; y la realidad divino – humana de la Iglesia, son elementos que nos invitan a afirmar que existe un vínculo místico de unión entre los cristianos que revela una realidad que supera los lazos humanos y terrenos de caridad, trascendiéndolos en el espacio y en el tiempo, e introduciéndonos en el misterio de la eternidad. Hijos de un mismo Padre, revestidos de Cristo y renovados por el Espíritu Santo, los vivos, difuntos y santos siguen estando unidos y formando una misma Iglesia humana y divina, santa y pecadora... que honrando a los santos e intercediendo por los difuntos, peregrina por este mundo con los ojos puestos en Cristo, su Esposo y Salvador.

*P. Vicente Escandell Abad.
Presbítero*